

CONFIABILIDAD, AMPARO Y OTREDAD: WINNICOTT Y HEIDEGGER EN DIÁLOGO

RELIABILITY, HOLDING AND OTHERNESS: WINNICOTT AND HEIDEGGER IN DIALOGUE

Bareiro, Julieta¹

RESUMEN

La posibilidad del habitar el mundo de manera personal, como lo refiere Winnicott depende de diversos factores. Uno de ellos, es el de la presencia del cuidado, sobre todo, en las primeras etapas de la vida. El amparo y el sostén vital son posibilitares del despliegue de las potencialidades del infante y con las que conformará su mundo. Esta función depende del otro y de la confianza que sobre este vínculo se asiente, construyendo un espacio de cuidado. Estos conceptos cruciales de la obra winnicottiana pueden ser profundizados desde la filosofía de M. Heidegger. Por un lado, en *Ser y Tiempo* analiza la presencia del otro y la apertura del mundo a partir de la estructura fundamental del *Dasein* y el coestar (*Mitsein*). Y por el otro, en el *El origen de la obra de arte* introduce el concepto de confiabilidad para dar cuenta de la función ontológica que tienen los zapatos en el cuadro de van Gogh. La obra de arte muestra confiabilidad, es decir, la reunión entorno suyo de todos los entes a los que está referido. Este diálogo entre ambos autores se extiende también al espacio clínico. La confiabilidad se presenta como el marco dentro del cual se desenvuelve un análisis, en presencia del analista. La idea de leer el setting winnicottiano desde la ontología de Heidegger tiene como finalidad mostrar que el espacio terapéutico se concibe como una experiencia originaria de creatividad.

Palabras clave:

Winnicott, Heidegger, Confiabilidad, Otredad.

ABSTRACT

The possibility of inhabiting the world in a personal way, as Winnicott refers to it, depends on various factors. One of them is the presence of care, especially in the early stages of life. The protection and vital support are enablers of the unfolding of the infant's potentialities and with which he will shape her world. This function depends on the other and on the trust that is established on this bond, building a space of care. These crucial concepts of Winnicottian work can be deepened from the philosophy of M. Heidegger. On the one hand, in *Being and Time* he analyzes the presence of the other and the opening of the world from the fundamental structure of *Dasein* and being-with (*Mitsein*). And on the other, in *The Origin of the Work of Art* he introduces the concept of reliability to account for the ontological function that shoes have in Van Gogh's painting. The work of art shows reliability, that is, the gathering around him of all the entities to which he is referred. This dialogue between both authors also extends to the clinical space. Reliability is presented as the framework within which an analysis unfolds, in the presence of the analyst. The idea of reading the Winnicottian setting from Heidegger's ontology aims to show that the therapeutic space is conceived as an original experience of creativity.

Keywords:

Winnicott, Heidegger, Reliability, Otherness.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones. Email jumba75@hotmail.com

1. MUNDO, TRANSICIONALIDAD Y CREATIVIDAD

El modelo que Winnicott refiere para la experiencia clínica implica las primeras vivencias del infante. Éste, desde la ignorancia y desvalimiento primordial, no está en condiciones de percatarse de las figuras, objetos y estados que lo rodean y lo sostienen. Su experiencia se inaugura en lo sensorial y en lo perceptivo del otro en tanto proveedor de cuidado. Términos que refieren al sostén y amparo, condiciones fundamentales para el desarrollo y la vida humana. Este primerísimo período abre la experiencia paulatina de mutua implicancia entre sujeto y mundo. Sin embargo, la experiencia singular siempre implica la otredad. No es sin esta presencia de lo humano que la posibilidad del *siendo* se torna real. Mundo, creatividad, transicionalidad son términos que adquieren valor si hay un cuidador que se encuentre implicado. Los cuadros psicóticos, fronterizos y demás patologías graves son las manifestaciones de las fallas significativas y extremas de la ausencia, violencia o intrusión del otro en tanto fracasos en la función de brindar confianza.

La condición de otredad como posibilitador de las experiencias significativas del *siendo* pueden ser analizadas a partir del vocabulario heideggeriano. Esta articulación resulta un desafío porque tanto Winnicott como Heidegger pertenecen a disciplinas diferentes. Clínico en uno, filosófico en el otro. Sin embargo, la pregunta por la condición significativa del mundo, el rechazo al modelo objetivista de sujeto/objeto, la existencia como estructura fundamental, hacen posible dicha vinculación y permite repensar y sistematizar el vocabulario winnicottiano. El desafío consiste en intentar dar cuenta de sus relevantes desarrollos y abrir al psicoanálisis a un diálogo fructífero con la filosofía. Este encuentro demuestra que Winnicott es un pensador renovador del psicoanálisis, cuya vigencia y aportes son uno de los más interesantes y valiosos del panorama clínico. En este trabajo se hará referencia a las nociones de mundo y otredad en las etapas tempranas. Ellas son las que fundamentan la confiabilidad como condición significativa del mundo y, puntualmente, del espacio terapéutico. Ningún tratamiento es posible sin un espacio confiable en el encuentro analista/paciente que albergue las experiencias que ocurren allí.

2. MUNDO EN WINNICOTT Y HEIDEGGER

La noción de mundo en Winnicott adquiere diferentes sentidos. En un primer acercamiento se pueden distinguir por lo menos dos maneras mundo externo y mundo interno. El mundo externo es el espacio de lo ajeno. En él se ubican los objetos y las personas distintas de mí o no-yo (*not me*) y que no responde al dominio mágico de la experiencia de omnipotencia infantil. Es lo que Winnicott llama lo “verdaderamente externo”. Al mundo exterior (*outside World*) se lo designa también como la realidad objetiva o compartida. Aquí aparece la percepción de los objetos “tal como dos personas pueden verlos” y se caracteriza por “tener su propia realidad, se puede estudiar en forma objetiva y, por

mucho que parezca variar según el estado del individuo que la observa, en rigor se mantiene constante” (Winnicott, 1996: 65).

Desde el punto de vista del niño, no está desde el comienzo, sino que es el logro de un largo proceso que se inicia en la fusión madre-bebé. El mundo externo en las primeras etapas del lactante es –debido a su indefensión y a la falta del desarrollo– absolutamente ignorado. A este mundo se llega luego de las experiencias de agresividad potencial y de la supervivencia de los objetos que ponen un límite a la omnipotencia infantil. Lo que habilita el encuentro con lo distinto de mí o lo no-yo. Para ello es necesaria la función de la madre en dos sentidos: como objeto tolera la agresividad, pero sobrevive a ella demostrando independencia y como madre medio ambiente, paulatinamente relaja la función de filtro o frontera entre el niño y el mundo externo. Esta doble tarea de la madre radica en que, al niño, le “presenta la realidad externa en dosis pequeñas” (Winnicott, 1996: 44). De esta manera, el mundo va también extendiéndose al incorporar diferencias y percepciones de fenómenos que no responden únicamente a la subjetividad ni a la ilusión. Así, el niño puede habitar el mundo junto con otros de manera personal.

En el segundo sentido, el mundo adquiere otra significación mediante la expresión “mundo del niño”. Winnicott alude a aquello en lo que el niño se desarrolla y desenvuelve su vida.

Los elementos positivos derivan de los patrones de la experiencia personal, en particular de la naturaleza instintiva [...] Esta muestra del mundo que es personal para el niño se va organizando de acuerdo con complejos mecanismos que tienen como propósito: I) preservar lo que se siente como “bueno”, es decir, aceptable y fortalecedor del self; II) aislar lo que se experimenta como “malo”, es decir, inaceptable, persecutorio o inyectado desde la realidad externa sin aceptación (trauma) y III) preservar un área de la realidad psíquica personal en la que los objetos tienen interrelaciones vivas, excitantes e incluso agresivas a la vez que afectuosas (Winnicott, 1979: 21).

Esta lectura depende necesariamente de otras expresiones que aparecen frecuentemente en su obra: medio (*medium*), entorno (*environment*) y ambiente facilitador (*facilitating environment*). El primero lo utiliza para dar cuenta de la función del analista como sostén en las situaciones de regresión. El segundo acentúa la idea de que el desarrollo emocional del niño descansa en el ambiente inmediato y que su responsabilidad es la de proveer un espectro viable de experiencia para la salud emocional del infante. Y el último refiere al ambiente suficientemente bueno que se adapta a las necesidades del bebé. Aquí “un ambiente facilitador debe tener calidad humana, no perfección mecánica” (Winnicott, 1996: 28).

Las diversas nociones de mundo en Winnicott posibilitan establecer un primer acercamiento con el análisis del mundo en *Ser y Tiempo*.

En efecto, en el § 14 Heidegger distingue cuatro maneras

de entender el mundo. Dos sentidos ónticos y dos ontológicos. Desde el punto de vista óntico, es decir, desde la perspectiva del ente, el mundo designa: a) la totalidad de entes existentes, y b) el mundo circundante (Umwelt) inmediato en el que el Dasein vive cotidianamente (el mundo del trabajo, por ejemplo). Desde el punto de vista ontológico, es decir, desde la perspectiva que interpreta el ser de los sentidos ónticos, el mundo significa: c) la región ontológica en la que se pueden agrupar determinados entes, como, por ejemplo, cuando se habla del mundo de la física que categoriza la región de los entes físicos, y d) la estructura constitutiva a priori de la mundaneidad.

Se puede advertir fácilmente que, cuando Winnicott habla de mundo exterior y de realidad objetiva, alude al mismo fenómeno que Heidegger designa como mundo en el sentido a. También se puede ver con claridad que las expresiones “mundo del niño”, “medio” y “entorno”, designan el mismo campo fenoménico que lo que Heidegger llama mundo circundante. Así surge de la siguiente definición:

Mundo puede ser comprendido nuevamente (...) como “aquello en lo que” “vive” un Dasein fáctico en cuanto tal. Mundo tiene aquí un significado existencial preontológico en el que se dan nuevamente distintas posibilidades: mundo puede significar el mundo “público” del nosotros o el mundo circundante “propio” y más cercano (doméstico)” (Heidegger, 1997: 93).

La condición “existencial preontológica” del mundo circundante significa que esta noción tiene un carácter histórico, fáctico. Por ello caben diversas modalidades: el mundo público y el mundo doméstico. Asimismo, la variabilidad de estas nociones tiene que ver con la cultura. El mundo doméstico de un determinado período histórico puede ser muy distinto de otro. El entorno winnicottiano tiene precisamente ese carácter, ya que es un concepto formado a partir de la reflexión sobre casos clínicos y cuya pretensión no es más que orientar la praxis del analista. En este sentido, “la historia de un bebé no se puede escribir en términos de él solamente. Hay que escribirla además en términos del ambiente” (Winnicott, 1971: 100).

El problema radica en que Winnicott no usa el término “mundo” para indicar lo que Heidegger denomina como mundanidad. Esta noción ya no pertenece al plano existencial, sino a lo que se llama nivel “ontológico existencial”. La mundaneidad es un modo de ser constitutivo y estructural del Dasein. Como tal es un a priori, es decir, designa una condición necesaria de posibilidad. En *Ser y Tiempo* Heidegger lleva a cabo un análisis fenomenológico del mundo que toma como punto de partida el mundo circundante y, desde allí, se remonta a la mundanidad como aquella estructura constitutiva que posibilita todo vínculo con los entes. Esta pretensión que tiene la mundanidad no puede ser atribuida en ningún caso a lo que Winnicott nombra mundo exterior, entorno o medio. No obstante, dicha pretensión de universalidad y necesidad, como corresponde a todo a priori, es posible asignársela a otro concepto de Winnicott que es la transicionalidad

2.1 La transicionalidad como a priori: la mundaneidad

La transicionalidad es el fenómeno mediante el cual el mundo interno y externo se superponen, dando lugar a una tercera zona virtual de la experiencia donde reside la creatividad, la libertad, la espontaneidad y la expresión del verdadero self. En la transicionalidad aparecen el juego, las experiencias culturales, el arte y la religión. Si bien en Winnicott la transicionalidad es la condición de posibilidad de lo humano, se lo menciona de esta forma sólo de manera indirecta. Por ejemplo, cuando indica al juego y a la creatividad como “un universal” que “corresponde la condición de estar vivo” (Winnicott, 1971: 96). Estas condiciones de formular aquello que es propio de los fenómenos transicionales ilustran, para Winnicott, la expresión del “yo soy, estoy vivo, soy yo mismo” (Winnicott, 1971: 83).

La transicionalidad así descripta posee, sin embargo, su proceso de desarrollo. Que el niño y luego el adulto puedan habitar en esta tercera zona resulta posible si el bebé va diferenciando lo propio de lo distinto paralelamente al establecimiento del sentido del self, entendido como la vivencia de experimentarse siendo de manera continua (Winnicott, 1979: 138). Aquí, las condiciones fácticas del entorno circundante favorecieron y sostuvieron las experiencias de la alteridad, la agresividad potencial y la relación con los objetos. Es lo que Winnicott establece como “si todo va bien”. Es decir, las condiciones normales que se orientan hacia la salud y el vivir creador.

Una posible objeción a este rasgo de universalidad es que la enfermedad daría cuenta de la no asunción de los fenómenos transicionales. Prueba de ello es el liderazgo del falso self patológico, que protege al verdadero a costa de perder vivacidad y singularidad. Así entendido, la transicionalidad perdería su carácter de a priori. El mismo Winnicott señala que cuando falla el ambiente en los primeros estadios de la vida, la subjetividad queda relegada y la experiencia de la creatividad no entra en relación ni con sí mismo, ni con el mundo, a punto tal que:

Han abandonado sus esperanzas, no sufren y han perdido las características que los hace humanos, de modo que no ven al mundo de manera creadora. Estas circunstancias se refieren a lo negativo de la civilización. Es como contemplar la destrucción de la creatividad en los individuos por factores ambientales que actúan en un período avanzado de crecimiento personal (Winnicott, 1971: 97).

No obstante, para Winnicott la creatividad es lo propio de lo humano que lo distingue del resto: “El ser humano es único. La explicación de la etología no es suficiente” (Winnicott, 1979: 47). Para este autor es la creatividad y, por ende, la transicionalidad que la engloba lo que indica que “aquel que es, está vivo”. Ahora bien, ¿cómo se vincula entonces este carácter a priori de la transicionalidad con aquellas posibilidades en donde el sujeto no alcanza la experiencia de dichos fenómenos? Winnicott arriesga una osada hipótesis. El verdadero self que se expresa en la transicionalidad nunca desaparece del todo, no fallece ni se pierde. En todo caso, se repliega y se esconde. Ése es el sentido que tiene la siguiente frase:

Como ya indiqué, es preciso sobreentender la posibilidad de que no se produzca una destrucción total de la capacidad de un individuo humano para ese vivir creador, y de que, aun en la circunstancia más extrema de acatamiento y de establecimiento de una falsa personalidad, haya, oculta en alguna parte, una vida secreta satisfactoria porque es creadora u original para ese ser humano (...). Digamos que en ese caso extremo todo lo real, todo lo que importa, lo personal, original, creador, se encuentra oculto (...). Por lo tanto, el impulso creador es algo que se puede entender como una cosa en sí misma que, por supuesto, es necesaria si el artista quiere producir una obra de arte, pero también se lo encuentra presente cuando cualquiera –hombre, mujer, bebé, adolescente, adulto, anciano– (...). Se halla presente tanto en el vivir de momento en momento de un niño retardado que goza con su respiración, como en la inspiración que de pronto sabe qué desea construir, y que piensa en términos de los materiales que puede usar para que su impulso creador adquiera formas y que el mundo pueda verlas” (Winnicott, 1979: 97-8).

La transicionalidad se abre como la potencialidad del vivir creador y en este sentido constituye una condición propia de lo humano. Se presenta como aquella estructura constitutiva que posibilita el trato con el mundo. Incluso en condiciones adversas. Todo sujeto, independientemente de su sexo o edad, puede experimentar esa vivencia de transicionalidad como modo de estar en el mundo. Cuando las circunstancias no son propicias para su expresión, ésta no desaparece por completo. Se manifiesta fragmentariamente en sueños, fantasías, en experiencias con el cuerpo, etc. A su vez, el análisis permite una vía de encuentro para el vivir creador. Ésa es una de las razones por la cual la terapia está “relacionada con dos personas que juegan juntas. El corolario de ello es cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente, de un estado en que no puede jugar a uno en que le es posible hacerlo” (Winnicott, 1971: 61).

2.2: Mundo y amparo: la presencia del otro en el despliegue del mundo

La transicionalidad remite a las condiciones propias y auténticas de cada uno. A su vez, ésta depende de la capacidad de sostén y amparo para que se desplieguen. Como se ha mencionado al inicio del punto 2., las diferentes modalidades del mundo parten de la idea de un ambiente facilitador como proveedor de las experiencias significativas. El desarrollo psicoemocional del infante, el gesto espontáneo y la creatividad emergente dependen de las condiciones fácticas de cuidado y sostén. Ellas son recreadas en la figura del cuidador, en especial, la función maternante. Winnicott señala la importancia radical que posee en todo proceso de subjetivación. Su presencia inicial permite que la potencialidad cobre forma y su ausencia, la manifestación de “angustias inconcebibles”. Es tal la fuerza invisible que posee, que hasta para Freud, se ha dado por sentada.

Freud da por sentada la situación de maternalización precoz y mi argumento es que apareció en la provisión de un marco para su labor, casi sin que se diera cuenta lo que él estaba haciendo. Freud pudo analizarse a sí mismo en calidad de persona completa e independiente y se interesó por las angustias propias de las relaciones interpersonales. Más adelante, por supuesto, examinó la infancia de un modo teórico y postuló las bases pregenitales [...] este trabajo no pudo alcanzar sus frutos plenamente debido a que no estuvo basado en el estudio de pacientes que necesitaban efectuar la regresión en la situación analítica [...] esto es cuando es posible dar por sentada la labor hecha por la madre y por la adaptación ambiental anterior dentro del pasado del paciente individual (Winnicott, 1993: 85).

El ambiente facilitador refiere puntualmente a las condiciones del entorno materno y los cuidados que ella es capaz de proveer. surge a partir de un proceso complejo de fusión, Su figura inaugura el proceso ilusión-desilusión propulsada por los encuentros primigenios con el pecho que se irá complejizando a lo largo del tiempo y a la posibilidad de que el niño cuente con un entorno que lo proteja tanto de sus propios impulsos, como del mundo aún extraño y que además habilite a distintas experiencias promoviendo su crecimiento. Es lo que Bollas, C. (1987/1988) entiende como el discurso privado entre la madre y el niño cuyo idioma se sostiene en el gesto, la mirada y la expresión entre ambos. Sin otro que acompañe, la fragilidad del infante no encuentra ningún tipo de amparo. A partir de esta fusión el niño despliega su potencialidad, se desarrolla y significa al mundo. Winnicott repite esta idea con insistencia: sin la madre u otro sustituto, el niño no tiene oportunidades de crecer. Aquí se conjuga lo potencial con lo fáctico: las condiciones a priori de la existencia en Winnicott (la creatividad, la espontaneidad) se unen a la madre que brinda con sus cuidados las condiciones pragmáticas para la realización de esas pautas de desarrollo:

“En la fusión madre/bebé, la madre sostiene al bebé y a través del amor sabe cómo adaptarse a las necesidades del yo. En estas condiciones, y sólo en éstas y nada más, el individuo puede empezar a existir” (Winnicott, 1979: 292).

Winnicott establece que los niños necesitan un ambiente seguro para poder desafiarlo, basada en la libertad de vivir con imaginación. Gradualmente el bebé va experimentando que pese a sus desafíos y hasta agresiones (que al principio lo son “por azar”) el entorno continúa con rasgos de perdurabilidad y confiabilidad. Esto tiene un valor altísimo, ya que permite la vivencia paulatina de un mundo que se va enriqueciendo en sutilezas. La importancia de la intimidad del cuidado le permite al niño estar a salvo de las intrusiones desagradables del mundo que aún no conoce y protegerse de sus propios impulsos y sus afectos. La seguridad del cuidado proporciona al niño una vida personal y espontánea. Posteriormente, desafiará esta seguridad: la madre permite que el mundo aparezca de manera paulatina y el niño dirige acciones impulsivas contra él. Esta tensión continúa durante toda la infancia. Winnicott lo encuentra también en

los artistas creadores: recuerdan la lucha entre los impulsos y la seguridad creando nuevas formas y abandonándolas para crear otras. El ambiente facilitador es el que permite que el niño tenga la oportunidad de crecer, creer y crear; sin embargo, cualquier falla inusual o prolongada en este ambiente, particularmente en los inicios, pone al individuo más cerca de la enfermedad.

Ésta es la importancia que le da Winnicott al tema del cuidado, término que él asocia con la cura. Lo interesante es que este ambiente en el que se fusiona y lo protege, se experimenta de manera omnipotente. Es lo que propicia en el niño su capacidad para la ilusión. Para él, la condición de fragilidad de los primeros meses del lactante conlleva una dependencia tal respecto del ambiente, que sólo es posible crecer allí donde hay confianza: "Estas condiciones: la falta de madurez, la enfermedad, la vejez, provocan dependencia. Lo que se necesita, por lo tanto, es confiabilidad" (Winnicott, 1979: 131). Esta característica del ambiente se sostiene en la actitud de la madre. En tanto cuidadora, se ocupa de brindar al niño las condiciones necesarias para su desarrollo, anticipándose a las distintas experiencias que en aquél suceden. La relación con el ambiente nunca se termina; por el contrario, este vínculo es parte de la misma subjetividad. Si al principio ambiente era sinónimo de madre, posteriormente se extiende a la pareja parental, la familia y la sociedad. Y esto señala las distintas maneras en que Winnicott entiende el proceso de la correlación entre el hombre, el mundo y los otros.

Ahora bien, esta solicitud del cuidado no remite a ninguna cuestión intelectual. Como Heidegger, Winnicott considera que cualquier teorización podría volverse impropia y, sobre todo, inútil respecto del cuidado cotidiano del niño (Bareiro, Bertorello, 2010) sino a lo que Winnicott entiende por amor. Es decir, la disposición afectiva mediante la cual la madre se identifica con su bebé. Debido a ello puede aportar lo que éste necesita, es decir, cuidado, amparo y sostén. La noción de doble dependencia apela a que el infante necesita mucho más que alimento o nutrición. Básicamente sin el interés amoroso, el desarrollo pierde la condición de crecimiento subjetivo, fundamento de todo proceso somático y psíquico. La preocupación por el otro, el modo en que la madre se vincula con su bebé, las condiciones de facticidad de ese cuidado son la clave del amparo (holding) y el sostén (handling) en la medida que involucran a las condiciones del *siendo* winnicottiano.

3. INTIMIDAD Y CONFIABILIDAD

Las funciones maternas generan un estado de confianza que permite la adecuada continuidad existencial del bebé. Winnicott lo formula así: «El bebé siendo, tiene que empezar a ser». Esto es un movimiento que, facilitado por la madre, lo sostiene de un *seguir siendo* (*going on being*) hasta alcanzar el estado de *Yo soy*. Son los cuidados los que permiten el desarrollo de su confianza básica en el otro y en sí mismo. Aquí confianza refiere a la seguridad del vínculo en sus diferentes modalidades que posee las características de estabilidad vital y amorosa. Esta confianza

de estabilidad es dada por supuesta y permanece durante toda la vida. Es lo que permite que el mundo sea creado en lugar de descubierto. Muy tardíamente, en el momento del "Di ta", el niño puede percatarse del ofrecimiento del otro para con él. En este punto de que confianza remite a sí mismo y a otro, es que se puede realizar un cruce con el *Mit-Dasein* heideggeriano.

Justamente, la apertura del mundo como un espacio significativo que se mueve en el dominio del poder-ser no es un acto individual del Dasein, sino que es un acto compartido con otros. El *Dasein* es esencialmente ser con otros, coestar (*Mitsein*), y que los otros son ahí con el *Dasein*, coexisten (*MitDasein*) (Heidegger, 1997; 143). Al modo de vincularse a los otros que tienen el mismo modo de ser que el Dasein, Heidegger lo llama la *solicitud* (*Fürsorge*) (Heidegger, 1997: 146). Los otros están vinculados esencialmente al modo de ser del *Dasein*, de manera tal que el mundo se abre de forma compartida. Heidegger es muy claro al respecto: "Al ser del *Dasein* que a éste le va en su mismo ser, le pertenece el coestar con otros. Por consiguiente, como coestar, el *Dasein* "es" esencialmente por mor de otros [...] En el coestar en cuanto existencial por-mor-de-otros, estos ya están abiertos en su *Dasein*" (Heidegger, 1997: 148).

Así planteado, el *Dasein* proyecta sus posibilidades co-originariamente. La apertura del mundo no es un acto individual si no es co-abierto junto con los otros. Esta afirmación encuentra aquí un punto de encuentro con Winnicott. En efecto, apertura en Heidegger involucra pensar la co-existencia (*MitDasein*) del mundo en común (*Mitwelt*) que intervienen en la trama significativa del mundo. Aquí aparece la figura materna co-existiendo originariamente en la conquista progresiva del mundo por parte del niño. Justamente, el modo propio de la solicitud, que es la anticipación, puede ilustrar el cuidado materno en términos de devoción, amparo y manipulación. Términos que en Winnicott señalan la sutil e ineludible tarea del cuidado. Cuando Winnicott ubica al espacio potencial en el primer estadio del desarrollo, significa que es una co-proyección en la que la madre cumple una función fundamental: "La madre sostiene al bebé y a través del amor sabe cómo adaptarse a las necesidades del yo. En estas condiciones, y sólo en éstas, el individuo puede empezar a existir" (Winnicott, 1979: 292). Este modelo vincular primordial será la propuesta winnicottiana para todo tratamiento posible

4. CONFIANZA EN EL SETTING WINNICOTTIANO

En *Variedades de psicoterapia*, en relación con la tarea terapéutica, Winnicott plantea la tesis de que lo que se hace en la terapia equivale a un intento de imitar el proceso natural del cuidado materno. Lo que hace es hacer equivalentes el sostén y el encuadre. La labor primordial del terapeuta radica en sostener al paciente. "La enfermedad mental consiste en no ser capaz de encontrar a nadie que pueda soportarnos" (Winnicott, 1996: 128)

Aquí la función del analista hace énfasis en la capacidad de sostener a quien necesita depender. La interpretación queda pendiente a las condiciones favorables para la vía

de acceso a lo inconsciente. En este punto, la clínica winnicottiana abre un espectro de recursos que, no niegan la técnica tradicional, pero involucra a otras cuya metapsicología no se determina por el psiquismo freudiano. A partir de allí el arte del analista estará en la posibilidad de utilizar ambas funciones, de un modo complementario e inseparable, guiado por las necesidades del paciente y el momento del tratamiento. La intención de Winnicott es dar cuenta de la maleabilidad del analista a las condiciones de la clínica. Da por sentado que el trabajo analítico es arduo, que exige preparación y disponibilidad. Pero también capacidad para desplegar posibilidades de crear un marco contenedor lo suficientemente bueno como para que el paciente sienta la confianza de ser, dentro de ese ámbito. Es lo que permite dentro del encuadre que “el paciente se muestre creador”. Se puede entender que la capacidad de sostén alude a la de espera del despliegue de la subjetividad a partir del marco de confianza. “Lo que somos capaces de hacer nos permite cooperar con el paciente en el seguimiento del proceso, que en cada paciente tiene su propio ritmo y curso; todos los rasgos importantes de este proceso emanan del paciente y no de nosotros en tanto analistas” (Winnicott, 1971) Ello involucra un estado de flexibilidad donde el horizonte de la cura no tiene el rasgo de ninguna enseñanza. Winnicott siempre advierte no ser demasiado listo. Lo que intenta decir es que el juego analítico es contrario a cualquier imposición del saber. Jugar, resulta saber hacer. Ya que no es igual la posición del analista frente a la neurosis que frente a la psicosis. Saber qué lugar ocupar en cada uno de estos campos, muestra también la capacidad de inventar –por decirlo así– a partir de lo que hace falta. Bajo esta habilidad hay transferencia en el análisis si se crea un entorno confiable para ello. Sin este principio, la desconfianza propia del falso self resguarda al verdadero, deteniendo el proceso analítico que implica. En este punto, encuadre conlleva confianza y elasticidad por un lado (holding), y disponibilidad y recursos del analista, por otro (handling). Winnicott propone que el analista “se halla allí, puntualmente, vivo, respirando” bajo la condición mínima de que el analista esté presente. Esta característica que, podría parecer obvia y hasta trivial, muestra el grado de compromiso que espera. No se refiere a que sea sagaz o demasiado inteligente. Estas habilidades podrían resultar hasta perjudiciales. Si el analista está allí como presencia, el paciente puede comenzar a ser. No se trata tanto de convertirse en el centro de la situación, sino de ubicarse desde la periferia para que el otro advenga creador de sí mismo. Este marco, a su vez vivo y real, se lo puede usar. Desde otro campo disciplinar, Heidegger también aborda la noción de confianza. En *El origen de la obra de arte* (1996) parte de la concepción de la esencia de la obra de arte como puesta en obra de la verdad. La obra hace visible en el espacio que instituye un claro. Esto es, un espacio que hace referencia al límite que separa el exterior del interior. Para el filósofo alemán, la obra de arte pone en acto un espacio de manifestación al que todo ente hace referencia para poder hacerse visible. Este espacio es la verdad entendida como el claro o la luz que, al mismo tiempo, ilumina y oculta el ente. (Bertorello, 2021)

Lo interesante del texto es que la obra de arte se presenta como el espacio que instituye el claro. Este espacio tiene una frontera que distingue el interior del exterior, el adentro del afuera. El ser del ente, es decir, su sentido, se da en la medida en que el ente está situado en su interior y al mismo tiempo remitido a su exterior. Es decir, el perímetro que constituye la frontera de la obra es un espacio de mediación que divide lo externo y lo interno. Esta diferencia espacial es la que instituye la inteligibilidad de algo o, dicho de modo más literal, es la que constituye el ser de un ente. No sólo el ente adquiere sentido al situarse en ese espacio, sino que el claro que se pone en acto en la obra de arte se presenta como una instancia que le permite al hombre hacer la transición hacia todo aquello que no es él mismo y, al mismo tiempo, acceder a sí mismo. La obra de arte puede ser descrita como un territorio que posibilita el encuentro del hombre con las cosas y consigo mismo. Transición y acceso son los conceptos clave que articulan la territorialidad de la obra (Bertorello, 2021)

La relación analítica se constituye en un espacio similar al que ocurre en la obra de arte: el paciente se encuentra consigo mismo y su relación con el mundo en un territorio definido por el setting. La frontera posibilita el *des-cubrir*, en el sentido heideggeriano de *desocultar*, la verdadera naturaleza del sí mismo cubierto bajo la máscara del falso self. El encuadre se constituye como el lugar de encuentro de la experiencia clínica desde donde se *re-crean*, *re-forman* y actualizan las condiciones significativas del propio-ser. Implica que el paciente puede correr el riesgo que involucra abandonar defensas, proyectar, fantasear, así como también la posibilidad de enfrentar temores, miserias, recordar y construir sin riesgo de ser juzgado. Que el ambiente se constituya como contenedor, no quiere decir que sea condescendiente. Por el contrario, lejos de todo sentimentalismo, la clínica winnicottiana se orienta a la experiencia de ser sí mismo, clínica que no admite modelos ni referentes. Ser sí mismo implica novedad y vulnerabilidad. Baste recordar la posibilidad que menciona Winnicott sobre el miedo al derrumbe o el temor a volverse loco donde se anudan en el presente del tratamiento vivencias extremadamente dolorosas ocurridas en el pasado. En este proceso el *afuera* se ilumina en el *adentro* del espacio clínico. Su condición de posibilidad se sostiene en la confianza de sostén, permanencia y estabilidad a los eventos que allí ocurran. Como la madre suficientemente buena acompaña el desarrollo del niño y cobija en los episodios de angustia; el setting habilita la emergencia del *siendo* sin riesgos a caer en las agonías impensables. Los procesos de regresión y replegamiento sólo son posibles en este contexto.

5. CONFIANZA Y JUEGO EN LA CLÍNICA WINNICOTTIANA

Cuando Winnicott insiste en que en el análisis se hace el juego del paciente, no se trata del saber del analista, sino de que el paciente encuentre el espacio para desplegar su propia singularidad. La idea remite a poder experimentar la realidad de ser sí-mismo, en un ambiente compartido con otro, sin amenaza de acatamiento u obediencia en ese particular *espacio entre dos*. Ello involucra la construcción de un espacio contenedor y proveedor de confiabilidad. Lo que se sugiere es que en el análisis no existen reglas prefijadas, en la medida de que el juego obedece a lo espontáneo. No se trata tanto de que el análisis no “tiene reglas” como de que el ajuste extremo a ellas sería del orden del acatamiento. Winnicott invita a que el análisis no quede enquistado en fórmulas o definiciones enigmáticas, sino a que sea una experiencia real y significativa para el paciente. Apunta a la continuidad de la existencia en términos de espontaneidad y creatividad. La función del analista es acompañar y sostener el descubrimiento de dicha capacidad. Esta particularidad del análisis en relación con el juego y el jugar la traducen como un fenómeno transicional. Heidegger aborda el fenómeno del juego en *Introducción a la Filosofía* para describir el carácter dinámico, histórico e instituyente del ser en el mundo. El jugar se caracteriza por cuatro caracteres fundamentales. El primero de ellos radica en que se trata de una configuración libre: “el juego se configura en el jugar” (Heidegger, 1996, p. 316). En segundo lugar, si bien el juego tiene un carácter libre, al mismo tiempo lleva consigo una vinculación, una cierta ligazón a ese mismo configurar. Se trata de un “vincularse configurante” (Ibid.). En tercer lugar, el jugar no es un conducirse respecto de un objeto, sino “un acontecer histórico en sí indisoluble” (Ibid.). Por último, el jugar como un acontecer histórico que configura y se vincula con él mismo tiene el sentido de la trascendencia del ser en el mundo. Para Heidegger, jugar es crear, formar, configurar un mundo. Ese espacio configurado por el juego tiene un perímetro o frontera que define sus contornos (Bertorello, 2020)

La clínica winnicottiana posee las mismas condiciones que las señaladas por Heidegger: el acento en el jugar por sobre el juego, la libertad y la vinculación cuya condición es la configuración y creación del mundo y del sí mismo en el acto mismo del jugar. La frontera del juego se encuentra en el setting orientado a la capacidad de crear de cada sujeto como manifestación del sí mismo, esto es, la capacidad de existir en el mundo sin perder singularidad. Así, la cuestión de la creatividad aparece en la clínica como la condición misma del análisis. Ello permite que el paciente encuentre nuevas formas de simbolización propias, singulares, sin riesgo a algún tipo de acatamiento o sometimiento. Lo que habilita a entender que el análisis winnicottiano se orienta hacia una experiencia de libertad que incluye todos aquellos fenómenos que remiten a la problemática incertidumbre entre ser y existir. No se trata de que rechace el factor del síntoma freudiano, la rivalidad edípica, el problema del deseo y su satisfacción. Al igual que Freud, hace hincapié en la idea ficticia de una vida

normal, pero esta concepción se encuentra más ligada a problemáticas tales como la inautenticidad, el sentimiento fútil de la existencia y la incapacidad de sentirse “vivo, verdadero y real”. Para Winnicott lo radical es la continuidad de la existencia, a partir de donde un sujeto comienza a ser. La diferencia es que para Winnicott el problema no está frente al deseo, sino ante la necesidad. Justamente, necesidad de existir. La posibilidad de juego y la creatividad que se desprende de ella no surgen de entrada, sino que son un objetivo por realizar en el análisis y en presencia del analista. La cuestión del entre propio de la transicionalidad alude, justamente, a que el análisis no se sostiene en soledad. Winnicott le da importancia a la soledad, no como sinónimo de aislamiento, sino como experiencia de la más genuina autenticidad, inefable y por ello mismo, sagrada. Es lo que aparece en el jugar a solas del niño en presencia de alguien. Al mundo compartido se superpone, la del más propio. Figura-fondo que no niega la alteridad, sino que la complejiza en distintos relieves. Por lo tanto, jugar a solas en presencia del analista es la muestra de la experiencia de creación por parte del paciente y, también, la posibilidad del fin del análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- Bareiro, J. y Bertorello, A. (2010). “Lógica de la diferencia y lógica de la alteridad. Sentido y sinsentido en Heidegger y Winnicott”. Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Vol.: XVII, pp. 275-282.
- Bertorello, A. (2020). “Espacio, tierra y frontera en *El origen de la obra de arte* de M. Heidegger” en *Meditaciones sobre la tierra*. González, A. y Cangi, A. (Eds.) Buenos Aires: Autonomía-Ediciones del Signo. pp. 325-345.
- Bollas, C. (2009). *La sombra del objeto, Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Heidegger, M. (1996). *Introducción a la Filosofía*. Madrid, Cátedra
- Heidegger, M. (2009). *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta.
- Winnicott, D.W. (1971). *Realidad y Juego*, Buenos Aires, Gedisa.
- Winnicott, D.W. (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Laia.
- Winnicott, D.W. (1993). *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires, Paidós.
- Winnicott, D.W. (1996). *El hogar, nuestro punto de partida*, Buenos Aires: Paidós.

Fecha de recepción 30 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación 31 de octubre de 2024